

me alguna otra vez y hablaremos de nuevo sobre el asunto.

Así me dice Wells al despedirnos, y yo, que considero vital para nuestro porvenir despertar el interés de los intelectuales ingleses por España, prometo tornar á verle.

X

Pacifismo y federalismo.

Mi entrevista con Wells excitó la cólera de numerosos patriotas españoles, por suponer que yo había intentado hacer almoneda de nuestra nación. Otros me acusaron de inconsecuencia, por creer que abandonaba definitivamente los sueños—ni siquiera hermosos, según Molke—del pacifismo. Vayamos por partes.

Ante todo, ¿qué es un pacifista sino un hombre que cree en los beneficios de la paz, que cree en la paz como el supremo bien de las sociedades humanas? La guerra, lejos de destruir esta creencia, la ha fortificado, ha puesto cimientos de granito allí donde sólo había una concepción abstracta. Para los europeos posteriores al 70, la guerra, una guerra grande como la actual, era una abstracción; no la habíamos visto ni sentido de cerca. Al verla ahora ante los ojos y tenerla en contacto con nues-

tra sensibilidad, nunca me ha parecido la paz internacional más grande, más noble, más santa, y nunca la guerra más bárbara, más irracional, más indigna del hombre, más propia de los animales de presa. Precisamente, mi corazón está contra Alemania, ó mejor dicho, contra Prusia, porque estoy convencido de que fué la provocadora y de que su triunfo abriría una era de guerras sin término. Y precisamente, mi corazón está con las naciones aliadas, porque unas — Serbia, Rusia, Francia y Bélgica — tuvieron que aceptar la guerra en propia defensa, é Inglaterra fué á la guerra en defensa de Tratados solemnemente firmados, en defensa, por lo tanto, de un estado pacífico de cosas. Y no sólo á causa de los orígenes de esta guerra estoy con los de la Entente, sino también porque su triunfo será el triunfo del Derecho sobre la fuerza bruta, anárquica, y porque la paz quedará más consolidada de lo que nunca lo estuvo hasta ahora. La guerra, pues, me dejará más pacifista, más partidario de la paz de lo que me encontré.

Pero no se quiso decir seguramente que la guerra iba á rectificar mi pacifismo, sino mi antimilitarismo. En aquellas palabras mías de la entrevista con Wells: "Esta guerra nos ha demostrado que hay que revisar nuestras viejas concepciones", no hay inconsecuencia alguna. Antes de ir al meollo del asunto, he de decir que esta revisión no se refiere para nada á mi concepto de lo que por ahí circula con el pomposo nombre de "virtudes militares", el valor físico y la disciplina entre otras. Respeto del valor físico, no creo que sea necesario vestir uniforme para tenerlo, ni organizar enormes ejércitos

para fomentarlo. Nadie niega valor á los alemanes; pero ¿son menos valientes sus enemigos, menos valientes los voluntarios ingleses, menos valientes los franceses á quienes se suponía en el último grado de la decadencia, menos valientes esos heroicos belgas, uno de los pueblos más pacíficos de Europa? Esto demuestra que el valor físico no es un suero que necesita inocularse durante el período del servicio militar, sino que está potencialmente en todo hombre y sólo necesita una adecuada finalidad para revelarse.

La disciplina no es sino un medio, un instrumento, y sus méritos dependen de la finalidad á que se aplique. En una causa cuya finalidad sea más noble que la conservación de la vida individual, nos parecerá bien la disciplina si logra domeñar en los hombres el instinto de conservación. Pero en una causa criminal, la disciplina nos parecerá también criminal. Esa disciplina automática que obliga á la obediencia ciega, sin inquirir en la finalidad, es una degradación del espíritu. La disciplina de las masas alemanas, moviéndose como un solo hombre, ó mejor dicho, como una sola máquina, destruyendo una ciudad ó pasando por las armas á una población civil inocente, porque así lo manda cualquier oficial prusiano terrorista, lanzándose á morir por complacer al Kaiser, allí presente, será todo lo admirable que se quiera, pero no invita á la imitación. ¿No hubiera sido mejor la indisciplina, la rebelión del pueblo alemán contra sus déspotas al ordenar- le éstos que se lanzara, sin provocación alguna, á una guerra contra todo derecho? En este caso, la disciplina ha sido el instrumento de la barbarie y la

indisciplina hubiera sido la servidora de la justicia y la libertad.

Digamos algo más sobre las virtudes de la guerra. Pasaremos por alto la virtud máxima: la de matar á semejantes nuestros y quedarse con la conciencia tranquila, mejor dicho, deleitosamente conturbada por la magnitud de la hazaña — tanto más conturbada cuantos más hombres se maten — y por el laurel que se otorga á tales héroes. No mencionaremos sino dos virtudes menores: el alcoholismo y la lujuria. En Inglaterra se ha visto. Tan grandes han sido los efectos de la embriaguez entre los soldados y los obreros que trabajan en las industrias de armamentos, que el Gobierno ha resuelto restringir y acaso se decida á abolir el consumo del alcohol, y en cuanto al tráfico sexual, ha tomado inmensas proporciones desde que comenzó el alistamiento en el ejército. Hombres que en su vida normal apenas bebían alcohol y nunca se embriagaban ni comerciaban con mujeres públicas, han perdido toda continencia desde que son soldados. El uniforme ha sido como una franquicia, como una patente de exención de todas las buenas costumbres. El militarismo es la licencia de los instintos, no menos que el desenfreno de la fuerza.

Y ahora vengamos á lo que esta guerra me ha hecho revisar, que como hemos visto, no es mi fervor por la paz ni mi indiferencia por las "virtudes militares". Lo que he tenido que revisar es la forma de mi antimilitarismo, pero tampoco su substancia, más copiosa ahora que nunca. He de confesar que, en efecto, no esperaba de Alemania una agresión como ésta, por tres razones: una, por no

creer que los herederos de Bismarck llegasen en brutalidad á lo que no se atrevió aquel sagaz diplomático en 1870, esto es, á violar la neutralidad de Bélgica; otra, por no creer que los gobernantes alemanes fueran tan torpes que no vieran que una guerra así, siendo ellos los violadores del Derecho, iba á concitar al mundo entero contra ellos: recuérdese la hábil actitud de Bismarck en 1864, en 1866 y en 1870, al presentar á Dinamarca, Austria y Francia respectivamente como países agresores ó violadores de Tratados solemnes, al mismo tiempo que cada vez reducía á quietud, mediante compromisos diplomáticos, á las naciones vecinas que podían atacarle por la espalda, á Francia durante su guerra con Austria, y á Austria y Rusia durante su guerra con Francia. La tercera razón es que no creía yo que la autocracia prusiana se atreviese á desafiar á la clase obrera organizada.

La mala fe de Alemania es un hecho; su torpeza política, otro hecho; la inmadurez de la clase obrera para impedir una guerra europea, otro hecho. Yo no creo que la clase obrera haya fracasado, como afirman algunos. La huelga general fué una idea de unos cuantos, no un acuerdo tomado solemnemente por la mayoría. Una idea no ensayada, no es una idea fracasada. Pero esto es cierto: la clase obrera no ha impedido la guerra europea, y una gran nación se atrevió á provocarla, desafiando las amenazas de la clase trabajadora. Sigo creyendo que la roca del antimilitarismo ha de ser el pueblo, la democracia, y que la base más firme de esta democracia futura es la clase obrera organizada. Pero mientras se organiza aptamente para imponer la paz al

mundo, justo es que los pueblos débiles ó pequeños busquen una sólida garantía de integridad é independencia.

¿Cómo? Pueblos como Bélgica, Holanda, Dinamarca, Portugal y aun España nunca podrán armarse lo suficiente para contener á un invasor poderoso. La defensa nacional por un tercero no es una indignidad, como aseguran los irreflexivos. Indigna sería entonces la defensa que actualmente hace Inglaterra de la independencia é integridad belgas. Pero atengámonos al caso de España. Si se admite la alianza de un pueblo débil como España con uno fuerte como Inglaterra (una alianza parecida á la que media entre Inglaterra y Portugal), no podría concertarse sino en las condiciones que le conviniere al más fuerte; de resistir el más débil, tendría que quedarse sin alianza, y, por lo tanto, expuesto á cualquiera agresión. La libertad de contrato entre una nación fuerte y otra débil es lo mismo que la libertad de contrato entre un patrono y un obrero. En desigualdad de fuerzas, la libertad es un mito.

No han faltado gentes sin sentido crítico que han hecho grandes aspavientos por suponer que yo he querido traficar con la independencia de mi país. Supongamos que mañana, por un milagro histórico, apareciesen formando un solo Estado Francia, España y Portugal, con un solo presupuesto de guerra. Como sólo pensamos en un milagro histórico, suponemos que la unión se hizo por voluntad unánime de todos los franceses, españoles y portugueses. ¿Sería ello una indignidad? ¿Habría sufrido menoscabo la independencia de nadie? Si así fuera, ¿qué indignidad la de los navarros, aragone-

ses, leoneses, castellanos unidos ahora en un solo Estado, después de haber renunciado á su antigua fiera soberanía! Pensemos en toda Europa unida federalmente con un ejército sostenido con hombres y dinero por todos los Estados independientes actuales. Pensemos en los Estados Unidos de Europa. La idea será todo lo utópica que se quiera; pero ni al más cretino se le ocurrirá decir que es una idea indigna.

Analicen la realidad en que vivimos y descomponganla en sus elementos históricos los que, por conservadurismo, se espantan de una idea nueva. Así como el mapa del mundo no es hoy lo que fué hace mil años, tampoco el mapa de hoy será el mismo dentro de mil años. Nuestros mohosos conceptos políticos, ¿cómo sufrirían si entonces levantásemos cabeza! Los pueblos no tienen límites eternos. Hay disgregaciones, agregaciones y absorciones. Y esto parece cierto: el proceso histórico tiende á constituir cada vez nacionalidades mayores; los pueblos tienden á federarse. En nuestra época, Alemania é Italia son dos ejemplos patentes. ¿Por qué no hemos de fomentar esta tendencia federativa, esta tendencia á las unidades superiores? Hablamos de los Estados Unidos de Europa. Pero, ¿por dónde se empieza? Si la unión de Europa parece lícita, ¿no ha de serlo la unión parcial de algunos de sus miembros? De todos los pueblos europeos ninguno tiene títulos más altos que Inglaterra para servir de núcleo á esa unión futura. Si entre Inglaterra y España hubiese una libre relación federal — no digo imperialista, militarista, de sujeción —, yo no me sentiría menos libre y sobera-

no que ahora; probablemente más. No se trata de hacer almoneda de la independencia nacional, sino de elevar el espíritu público al mundo de las posibilidades, á un mundo donde la paz esté más asegurada. Yo no he hecho sino apuntar una idea de federación, no de esclavizamiento.

XI

Tres dioses del Olimpo alemán.

Krupp von Bohlen.

Krupp es el Vulcano del moderno Olimpo alemán. No se concibe el Imperio germánico sin Krupp. Sin sus cañones, ¿hubiera derrotado Alemania á Francia en el año 1870 y hubiera sido posible sin ellos, por lo tanto, la unidad de los Estados alemanes? Sin sus cañones, ¿hubiera derrotado Prusia á Austria en 1866, estableciendo el predominio prusiano sobre todos los pueblos germánicos? Sin sus cañones, que derrumbaron como castillos de naipes los fuertes de Lieja y Namur, ¿hubiera podido llegar el ejército germánico á las puertas de París y estaría hoy aún en Francia y en Bélgica?

Y no es que la casa Krupp haya trabajado sólo para Alemania. Se la ha denominado institución

nacional alemana; pero en realidad el mundo entero ha gozado de su gloria y de sus frutos. Sus directores han velado siempre por que sus 75.000 obreros—que forman con sus familias una población de 300.000 habitantes—no se contaminen de la peste del internacionalismo socialista; pero la casa Krupp ha sido una institución internacional. Moros y cristianos, católicos y protestantes, nortños y mediterráneos, blancos y amarillos, pueblos de todas las razas y de todos los climas, hasta el número de 52, han gozado del cortés abastecimiento de cañones Krupp. El kruppismo era casi tan universal como el catolicismo. Había algo elevado y altruista en esa indiferencia con que en Essen, el gran emporio cañonero, se miraba á las fronteras, á las razas, á las rivalidades políticas. Allí no se tenía noticia del trágico antagonismo de la Triple Alianza y de la Triple Entente; allí no existía el choque del paneslavismo y del pangermanismo; allí no había cuestión balkánica, ni cuestiones africanas ni asiáticas. Allí todo era imparcialidad, fraternidad para todos los pueblos de la tierra. Al oro que, en compensación por esta imparcialidad, llegaba de todos los confines del globo terrestre, no se le sometía á un escrupuloso examen químico para ver si le había extraído sangre eslava ó germana, sajona o latina, blanca ó amarilla, civilizada ó salvaje. Bastaba su naturaleza mineral; sobran sus orígenes humanos.

El doctor Gustavo Krupp von Bohlen und Halbach, jefe actual de la casa, simboliza su cosmopolitismo. No es Krupp más que por la coyunda. Al casarse con Berta Krupp, hija de Federico Alfredo

Krupp, muerto en 1902 sin descendencia masculina, el emperador alemán le autorizó á anteponer á su nombre el más noble y egregio de Krupp. El doctor von Bohlen und Halbach no es siquiera alemán. Nació en Holanda. Sus dos padres nacieron en los Estados Unidos del Norte de América. Recorrió medio mundo como diplomático. Conoció á Berta Krupp en Italia, donde era secretario de la legación prusiana en el Vaticano. Los 375 millones de francos en que se calcula la fortuna de su mujer, son de origen tan cosmopolita como su sangre y sus hábitos. Los que le conocen aseguran que el antiguo secretario de la legación prusiana en el Vaticano no se ha vuelto aún loco, á pesar de ser director de 39.000 hombres ocupados en los probaderos de cañones de Meppen, cerca de Essen; de 10.000 que extraen en Silesia carbón para Krupp; de 15.000 que trabajan en diferentes hornos; de 6.100 que construyen acorazados, torpederos y submarinos en Kiel para Krupp; de 5.000 que arrancan al vientre de España mineral de hierro para Krupp...

Los que no conocen la psicología del kruppismo se imaginan que en los hornos de Essen se ha elaborado en gran parte la guerra actual, fundándose en las campañas de azuzamiento realizadas por los periódicos que son propiedad de Krupp y por los que en todo el mundo solían recibir sus pingües subvenciones. Todo eso era externo. Krupp no aspiraba más que á la igualdad de los pueblos mediante la posesión de sus cañones. A su espíritu internacionalista le repugnaba que unos pueblos tuviesen más ó mejores cañones que otros. De ahí sus esfuerzos por que todos estuviesen igualmente equi-

pados. En cuanto Krupp se percataba de que un pueblo, bajo la maléfica presión de los pacifistas, descuidaba su artillería, le estimulaba por todos los medios á corregir el abandono, en sus depósitos de Essen, naturalmente. Este esfuerzo por la igualdad de armamentos ha contribuido seguramente á mantener la paz durante muchos años. Tan pronto como Krupp observaba que una nación acumulaba secretamente armamentos, para caer como una avalancha sobre sus enemigos, los vigías de Essen daban la voz de alarma á las naciones en peligro y éstas aceleraban su carrera. Krupp ha sido el que más ha cuidado del fiel de la balanza de las fuerzas internacionales. Es extraño que el comité del premio Nobel haya resuelto declarar desierto el premio de la paz. ¿Cómo no han pensado en Krupp?...

No, no; á Krupp no le convenía la guerra. Pues ahora hemos visto que su internacionalismo era algo traidor. Krupp inundaba de cañones de todas clases el mundo entero; de todas clases, menos una. Los cañones de 42 centímetros se quedaban en Alemania. Es más, se había ocultado alevosamente su existencia. Mientras pretendía ser igual con todos, magníficamente imparcial con todos los gobiernos, Krupp no les suministraba sino cañones que nada valían frente á los de 42. Esta trampa nacionalista difícilmente se la perdonarán sus clientes antiguos. Desconfiarán de Essen en lo futuro. Aunque les ofrezca un cañón de un metro de calibre, los clientes temerán que esté fabricando para Alemania un cañón de dos metros. Además, la guerra se acabará probablemente con una reacción contra los armamentos, contra el equilibrio europeo, contra la

paz armada, contra el "si vis pacem, para bellum" y otras teorías y artilugios fructíferos para los fabricantes de cañones. Hay otra razón por la cual en Essen se debe estar maldiciendo la guerra. Se equivocan los que creen que la tensión febril de las fábricas de Krupp en estos días responde sólo á un móvil de vil interés económico. Ya son varios los enemigos de Alemania que han indicado la ruta de Essen y no la de Berlín para la hora de la invasión. No el Marte, sino el Vulcano de Alemania inquieta en Petrogrado, París y Londres. Krupp trabaja en defensa propia. De ahí la fiebre continua de sus fraguas, de ahí el heroísmo de sus obreros, de ahí el interés con que el mundo entero tiene puestos sus ojos en Essen, la ciudad plutoniana...

Zeppelin.

No hay contradicción en aquella frase de Guillermo II al decir que el conde Fernando de Zeppelin es el alemán más grande del siglo xx. No; eso no contradice la opinión que el Kaiser tiene de sí mismo. El es algo más que un alemán y algo más que un hombre. El es una encarnación del águila simbólica del imperio germánico. Zeppelin ha creado las alas del águila imperial. Por eso es el más grande de los alemanes.

Alemania, sin alas, era un águila cautiva; cautiva en el terror del oso moscovita, cautiva en la inquietud del tritón británico, cautiva hasta en la imperinencia del gallo galo. La Polonia pantanosa y el Vístula infranqueable y el mar del Norte proceloso

eran formidables barreras á los sueños del águila: volar sobre las fronteras, dominar pueblos extraños y regresar al nido doméstico con un gran imperio en las garras y el pico. Zeppelin dió alas á Alemania, y desde el principio de la guerra, todos los que hemos residido en territorio enemigo hemos temblado á la idea de uno de sus vuelos.

El conde de Zeppelin pertenece á esa fuerte raza de hombres en que nunca se es viejo, en que los desengaños acrecientan la energía, en que el trabajo es siempre titánico. No es raro encontrar en Alemania hombres que á los setenta años estudian música para hacer experimentos psicológicos, ó un remoto dialecto africano para resolver un problema filológico. Zeppelin tiene ya setenta y siete años y aún desea, antes de llegar á viejo, ir con sus globos al Polo Norte y declararle territorio germánico. Sus ensayos de aeronauta comenzaron después de los sesenta años. La pérdida de su fortuna y la rechifla general fueron el primer premio de sus esfuerzos. La lucha con los vientos, con la ley de la gravedad y con la befa pública duró varios años, hasta 1907, en que sus éxitos acallaron las risas y forzaron el hermético erario de Alemania. El gobierno compró sus globos y subvencionó sus nuevos ensayos. La pérdida del "Zeppelin IV", en 1908, le valió la consagración de héroe nacional y una suscripción pública de siete millones y medio de francos. El imperio aéreo de Alemania es obra del conde de Zeppelin.

Pero las alas del águila han hecho poco en esta guerra. ¿Será que todavía no se ha habituado á ellas? ¿Será que son demasiado grandes? ¿Será que

espera el momento oportuno para lanzarse á su vuelo supremo y definitivo? Poco lustre militar han dado hasta ahora los zeppelines á Alemania. Aquellas bombas lanzadas sobre un hospital de Amberes, ¿no indicarán que ni las águilas de hierro sirven más que para atacar á la carne muerta ó enferma? Creo que el reinado de terror de los zeppelines ha pasado ya, sin haber venido. En Londres he conocido madres prudentes que instalaron á sus niños en las habitaciones más bajas de las casas. Hoy ese recuerdo es uno de los temas humorísticos de la guerra. Hoy las madres anhelan que lleguen los zeppelines para que sus niños se diviertan con el espectáculo de verlos pasar echando bombas.

Heroico conde de Zeppelin: tu reinado no está en la guerra; tus triunfos pertenecen á los dulces y pasados tiempos de la paz. Tus albatros son majestuosos y rendirán inmensos servicios á las artes de la paz, pero en esta guerra no representan más que una curiosidad estética...

Tirpitz.

He aquí el hombre que aspira á arrebatarse á Inglaterra el tridente. Obra suya es la marina de guerra alemana. El emperador ha sido el ímpetu inicial, la voluntad náutica; Alfredo de Tirpitz ha sido y es el espíritu organizador, el creador y el estratega de la potencia naval de Alemania. La suya es otra voluntad titánica. Hombre de origen humilde, sus esfuerzos han tenido que ser hercúleos, no sólo para encumbrarse, sino para inducir al pueblo alemán á

una política marítima. Bismarck había dejado una tradición de tierra adentro. Para él, Alemania era el elefante é Inglaterra la ballena, dos enemigos condenados á no poder encontrarse nunca. El mar no fué su elemento ni creyó que un día podría serlo de Alemania. Tirpitz tuvo que combatir contra esta tradición. El pueblo alemán, gracias á la propaganda de la Liga Naval, fué habituándose á la idea de llegar á ser una potencia marítima; pero había que hacer barcos, fortificar Heligoland, abrir el canal de Kiel, construir puertos. Todo esto suponía una suma fabulosa de millones. El pueblo se resistía á darlos. Pero Tirpitz, además de fundador de escuadras, es un hábil político que ha utilizado los incidentes internacionales más nimios para filtrar en el espíritu público la necesidad de una poderosa escuadra. En 1898 gastaba Alemania 150 millones de francos en buques de guerra. El presupuesto de 1913 fué de 575 millones de francos. Hoy la escuadra alemana es la mayor después de la inglesa. ¿Lo seguirá siendo después de la guerra? ¿Pasará á ser la primera? ¿Desaparecerá en absoluto?

Este es el gran problema histórico. Tirpitz ha demostrado su genio técnico y político en la paz. En lo que va de la guerra, no ha demostrado aún que sea un genio estratégico. Sin embargo, su prudencia sus enemigos dirían cobardía parece preñada de sorpresas. Su estrategia del "desgaste", de reducir lentamente la fuerza de Inglaterra al nivel de la alemana ó más abajo de ella no ha dado hasta ahora los frutos calculados. La obra de los submarinos alemanes ha sido excelente. Sus idas y venidas por un mar minado por el enemigo es un triun-

fo del "servicio secreto", ese eufemismo con que el lenguaje oficial designa el espionaje. Sus constantes ataques á los barcos ingleses es un triunfo de valor, y el hundimiento de varios barcos enemigos un triunfo de puntería. Pero á pesar de todo esto, es dudoso que este procedimiento merme considerablemente las fuerzas navales inglesas. Y cuanto más tiempo pase, con las lecciones aprendidas, lo probable es que Inglaterra pierda cada vez menos barcos.

¿Qué sorpresas prepara Tirpitz detrás de Heligoland, en Cuxhaven, en el canal de Kiel? A la escuadra inglesa le basta con haber barrido de los mares la marina mercante alemana. Y una vez que Tirpitz vea que la acción de los submarinos es estéril ó insuficiente, ¿se decidirá á presentar batalla al enemigo? La guerra no puede acabar sin un choque violento sobre las aguas. Tirpitz conoce bien la medida de su fuerza y la fuerza y el espíritu de los ingleses. Se comprende que no abandone ligeramente su refugio. Se comprende psicológicamente no menos que estratégicamente. Ya hemos dicho que la escuadra alemana es obra de Tirpitz. Todo padre es conservador de sus hijos. Son pocos los que tienen el valor de arriesgar en un momento lo que ha costado años de lucha titánica. En Tirpitz debe de haber un apego sentimental por los barcos y los marinos alemanes. Eso debe explicar en parte su moderación en la ofensiva. Otro hombre, vinculado menos personalmente á la escuadra, obraría con menos dificultad. Pero en una guerra, el pasado no puede gravitar indefinidamente sobre el presente y el futuro. El pueblo alemán ha de estar pregun-

tándose qué hace su escuadra, tan costosa y tan inactiva. ¿Se decidirá Tirpitz á salir al mar del Norte? ¿Preferirá salir él del ministerio de Marina? Un nuevo Trafalgar espera en el mar del Norte. Sería aventurado profetizar la victoria ó la derrota de nadie. Pero la atmósfera pública, de una y otra parte del mar del Norte, está cargada de fuerzas psicológicas que tienden á precipitar la catástrofe.

XII

La caña de pescar de Edward Grey.

De toda la población civil de Europa, Edward Grey, ministro de Estado inglés, es en estos momentos la figura más prominente. En el doble misterio de su carácter y de su profesión diplomática se nos aparece su perfil moral como algo sobrehumano: los enemigos de su país le tienen por el genio diabólico de esta guerra - algo así como el profeta infernal de aquel Satán diplomático que se llamó Eduardo VII—; los amigos de su país ven en él, en cambio, el salvador del espíritu de Europa. Unánimemente se reconoce su fuerza. Demonio ó ángel, él es el hombre que más habrá contribuído al resultado de esta guerra, aunque no sea posible ponernos de acuerdo sobre su participación en los orígenes. ¿Y de dónde nace la fuerza de este extraño estadista? ¿Cuáles son sus raíces psicológicas? Buscad su nombre en el *Who's who*, anuario

biográfico inglés, compendiado en extremo. Prescindid de la línea en que dice: "ministro de Estado desde 1905", y el resto podría corresponder perfectamente á millares de ingleses acomodados. Nació en 1862. Estudió en Winchester y Oxford. Ha ganado varios premios de *tennis*. Posee en Northumberland una finca de 2.000 acres. Es diputado por Berwick-on-Tweed. Ha escrito un libro: *La pesca con mosca artificial*. ¿Qué más? Nada más. Ah, sí; además de todo esto ha sido en estos últimos diez años el hombre más influyente en los negocios internacionales. Si Inglaterra triunfa ó es vencida, á nadie se deberá el triunfo ó la derrota en mayor grado que á Edward Grey.

La política inglesa es un vivero de ironías vivientes. Balfour es una de estas ironías. Por su inclinación natural no hubiera sido ni diputado este hombre, también extraordinario, sino filósofo profesional, y por su talento, probablemente un gran filósofo; pero por voluntad de su tío Salisbury, fué al Parlamento, y su inteligencia le llevó, con gran pesadumbre suya, á la jefatura del partido conservador. Grey es otra de estas ironías. Su amistad con lord Rosebery, y el cariño de sus electores de Berwick-on-Tweed le impusieron la investidura parlamentaria. Contra su deseo, y en la esperanza de poder abandonar pronto el cargo, se le nombró ministro de Estado. Cuentan que una de las condiciones que impuso fué la de que se le eximiera de la obligación de asistir á la Cámara de los Comunes, á menos de ser absolutamente indispensable. Así y todo, su sueño más ardiente es abandonar lo antes posible la vida pública y retirarse á su finca de

Northumberland á pescar con caña, deporte en que es maestro consumado —le ha dedicado el libro referido, único que ha escrito—, y á observar la vida y costumbres de los animales silvestres. En una ocasión, contestando á un brindis de su compañero de ministerio, Winston Churchill, dijo estas bellas, irónicas palabras, que pintan sus gustos y su carencia de ambiciones:

"Será un tiempo de ilimitado ocio el que pasaremos con viejos amigos en una biblioteca. Frente á la biblioteca habrá un jardín y, como es natural, un río adecuado, un río que no fluya demasiado rápido ni tampoco demasiado lento, lo cual es un defecto peor. Esa será la época más feliz de todas. En esos días yo no pensaré en la política como no sea para leer los brillantes discursos que pronuncie Mr. Churchill en la Cámara de los Comunes. Pensad vosotros, los que tenéis ocupaciones políticas, lo que son ahora nuestras bibliotecas comparadas con lo que serán cuando nos volvamos viejos; pensad en los montones de recortes, en los cajones llenos con discursos de los adversarios, conservados en la esperanza de poder hacer una cita en un momento inconveniente; en los quintales de folletos y revistas; en las toneladas de Libros Azules y *Hansards* (diario de sesiones). Pienso en las espléndidas horas que pasaré haciendo una fogata con todo ello. ¡Cómo atizaré el fuego y cómo abonaré mis rosales con las cenizas!"

Este hombre, tan despegado de la política militante, es el que en estos momentos soporta la mayor responsabilidad que la Historia puso nunca sobre un diplomático. Compárese esta responsabili-

dad con las siguientes palabras, que son de otro discurso suyo: "Los griegos tenían un dicho viejo — tan impresionados estaban con la condición precaria de los negocios humanos—: que "ningún hombre debe llamarse feliz hasta estar muerto". Yo puedo decir con certeza que á ningún ministro de Estado se le puede llamar feliz hasta que haya dejado su cargo. Mientras está en el ministerio, hay siempre el peligro del fracaso, el cual le hace sentir á uno, mientras dura el cargo, que hay algo que le obliga á elucir un poco el elogio excesivo."

A Edward Grey no le une á la política más que un vínculo de deber, de responsabilidad. Lo espontáneo de su espíritu está lejos del Foreign Office, en su hacienda de Northumberland, entre sus flores, sus pájaros y sus peces.

Apenas su delicado trabajo le permite unos días de ocio, allá se va á su tierra, á curarse en la vida natural de las heridas abiertas en el comercio con los hombres. Dicen que una noche, habiendo llegado tarde á su hogar campestre, subió á la terraza y esperó al amanecer contemplando el cielo estrellado. Es hombre leído. También se cuenta que otra noche la pasó con un amigo hablando únicamente del poeta Wordsworth. ¿No se diría que, en vez de un formidable político realista, se trata de un buen señor campesino un poco dado al ensueño?

Estas dos cualidades, el sentimiento de responsabilidad y la carencia de ambición, explican á mi juicio el triunfo de este hombre, que no tiene nada de genial, á lo Bismarck, y que apenas sabe otra lengua que la suya. Esas dos cualidades indican que en él está poco desarrollado ese elemento psicológico

que acompaña á los grandes ambiciosos y que vulgarmente se llama vanidad. La falta de vanidad y su modestia de hombre que sabe algo, como los griegos, "de la condición precaria de los negocios humanos", unido á su honda conciencia de la responsabilidad, ha hecho posible que Edward Grey venciera en tantas ocasiones profundas dificultades y que se le considere unánimemente como el diplomático más hábil, lo que quiere decir más paciente, más sufrido, más razonador, más cortés. No se concibe que un hombre como éste pueda herir á otro hombre con una palabra malintencionada, ni que se sienta herido por la impertinencia ó indelicadeza de otro hombre. De ahí su autoridad y su eficacia.

Y esas dos cualidades nos dan también la clave de la política exterior que ha seguido Inglaterra en estos últimos años. No se concibe tampoco que Edward Grey pudiera forjar una gran política ofensiva. Su ideal, seguramente, sería un estado internacional tan armonioso, tan pacífico, que no fueran menester los ministros de Negocios Extranjeros. Grey pensará que entonces él podría vivir perpetuamente en su finca rural, entregado á las estrellas y á la pesca con caña, y oyendo á diario el canto de los pájaros en vez de los pesados discursos del Parlamento. Pero alguien impedía que Edward Grey tuviese más tiempo para sus placeres campestres. La política ofensiva de Alemania reducía los ocios de Edward Grey. Por fin estalló la guerra. ¡Cómo debió exasperarse entonces su sentimiento de responsabilidad! ¡Con qué tristeza debió pensar en su Northumberland, tan remota, tan inasequible ahorala Grey es el símbolo de Inglaterra entera. Inglate-